

ANDEN EN LA LUZ

Parte 55

“...(porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad), comprobando lo que es agradable al Señor. Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas; porque vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto. Mas todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifiestas; porque la luz es lo que manifiesta todo. Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo.” - (Efesios 5:9-14)

Como recuerda, en la lección anterior hablamos acerca de las tinieblas y la luz. Traté de explicar algo de lo que Pablo dice cuando hace referencia a que nosotros éramos tinieblas. Esta es una realidad mucho más grande de lo que la mayoría está dispuesta a encarar. Sin embargo, sólo encarándola empezaremos a abrirnos para recibir la luz de la vida.

Pablo no dice que nosotros antes luchábamos con las tinieblas. No dice que ellos eran influenciados por la oscuridad. Le dice a la iglesia que ellos eran las tinieblas mismas. Las tinieblas no son algo externo al corazón del hombre, son la ceguera y ausencia de luz que existe en el corazón del hombre mismo. De hecho, el alma de la humanidad es el único lugar en la creación que retiene estas tinieblas, porque es el alma que ha escogido vivir por la mentira.

¿Qué es la luz? ¿Qué son las tinieblas? La luz es ni más ni menos lo que Dios ve. Es la realidad tal como ha sido establecida en Cristo y dada a la humanidad redimida. Es la realidad que se le muestra al alma en una consciencia profunda e interior, que hace que una persona despierte, viva, sea consciente y se percate de nuestra verdadera Persona, Lugar y Estado de ser, todo lo cual es Cristo. Cristo es nuestra vida, Él es la persona de nuestra salvación. Cristo es nuestro lugar, la tierra de nuestra herencia, provisión y habitación que Dios ha dado. Cristo es nuestro estado de ser, es como decir, que lo que es cierto de Él como cabeza del cuerpo, es cierto de los miembros, pues compartimos una vida, un espíritu, una fe, un cuerpo.

La luz es la profunda consciencia, entendimiento y percepción espiritual de estas realidades, según son obradas en nosotros por el Espíritu de verdad. La luz es lo que Dios ve, conoce y entiende, que comparte con nosotros, que hace brillar en nuestros corazones, que nos despierta a la plenitud de Su día. En Su luz, vemos la luz. Separados de esa luz sólo conocemos las tinieblas que son Su ausencia.

Cuando la luz brilla en nuestra alma no sólo nos da una mejor perspectiva, nos da la perspectiva de una Vida enteramente diferente. Cuando la luz brilla en nuestra alma es como si empezáramos a despertarnos en un universo contrario. No es el tipo de vida que nos habla de una mejor manera de vivir. Es la luz que nos muestra que estamos absolutamente muertos...y que no hay nada que hacer al respecto. También es una luz que nos muestra que se nos ha dado una nueva vida, y que esa vida puede ser experimentada, que podemos permanecer en ella, que podemos vivir por y en ella...y sin embargo, “ya no vivo yo, Cristo es quien vive en mí”.

Esas son palabras que podemos leer en las tinieblas, pero se convierten en una experiencia del alma cuando la luz brilla. La luz es la mente de Cristo, la perspectiva de Dios, la realidad de un nuevo hombre que se nos muestra en una nueva luz. Es una experiencia de verdad inalterable, revelada por el Espíritu que es dicha verdad. No podemos tocarla, pero podemos conocerla al participar en ella. Usted y yo participamos en lo que Dios ha dado al caminar en la Luz que nos muestra lo que ha sido establecido, y por consiguiente, en lo que ha sido quitado.

No estoy escogiendo palabras lujosas, estas palabras intentan describir una realidad. Ver algo en la luz es la parte fácil, siempre. Poner esa perspectiva en palabras puede ser una pesadilla. Es casi como si usted tratara de emplear palabras de las tinieblas para describir realidades de la luz. Ver una puesta de sol es fácil, apreciarla es natural, pero describirla a un amigo a través de un teléfono celular es difícil. Las palabras no pueden llevar realidades, sólo pueden describirlas. Por lo tanto, no estoy tratando de pasarme de listo, sólo estoy tratando de escoger unas pocas palabras que no disminuyan por completo, la realidad de la luz de Dios.

Sólo he tenido una vislumbre de la luz de Dios en la faz de Jesucristo...pero la vislumbre que poseo brilla en las tinieblas que soy, y hace un increíble contraste en mi alma. No sé mucho de la luz...pero he llegado a saber que hay una diferencia y separación impresionante entre la luz y las tinieblas. Eso lo he visto muy claramente. Hay una división que puedo ver entre la luz y las tinieblas y dicha división es algo impresionante. Esa división es entre la luz y las tinieblas y es llamada el juicio de la cruz.

Esa división ha crecido más y más en mi perspectiva. Siempre ha sido igual para Dios, Él siempre la ha visto plenamente, pero ha crecido en mi percepción. Cuánto más la veo, más sorprendido y asustado estoy por ella. Ella es completamente independiente a las ideas del hombre, sólo es. Existe lo que la luz muestra ser la vida, la verdad y real en Cristo, y hay mucho que la luz separa de sí misma y que es la oscuridad.

En la lección anterior hablamos de cómo Dios creó primero los tipos y las sombras de estas realidades. Dios dijo: “Hágase la luz, y se hizo la luz”. Luego dividió la luz de las tinieblas. Dios no tuvo que crear las tinieblas, porque las tinieblas estaban dondequiera

que la luz no. Pero lo que Dios sí hizo fue, dividir las tinieblas de la luz. Hizo una separación, y dicha separación que Dios llamó día y noche, dicha división que Dios estableció en la realidad natural y material es el prototipo, el presagio, el tipo de la separación de la que Pablo habla en Efesios 5.

Esta separación es la que Dios debe empezar a obrar en nuestros corazones. Naturalmente, no conocemos la diferencia entre la luz y las tinieblas. Es decir, conocemos la diferencia entre la luz natural y la oscuridad natural porque tenemos sentidos naturales. Pero, por naturaleza, no conocemos en absoluto, la diferencia entre la verdadera luz y las verdaderas tinieblas. Usted cree que nosotros podemos decir la diferencia, pero mediante la percepción natural no podemos. Es más, estamos completamente llenos de oscuridad por naturaleza y asumimos que tenemos luz. A esta precisa realidad fue que vino Jesús como la única luz en el mundo. Acerca de esto Jesús dijo: “Si la luz que hay en ustedes es oscuridad, cuán grande será la oscuridad”.

Los fariseos no creyeron en Él ni nosotros tampoco. Pensamos que solo porque somos cristianos, vamos a la iglesia y a veces leemos un libro llamado Biblia...conocemos la diferencia entre la luz y las tinieblas. ¡Pues no! Incluso después de haber nacido de esa luz, en realidad no comprenderemos la diferencia entre la luz y las tinieblas hasta que la luz de Su vida empiece a brillar en nuestro corazón y haga la división. Dios tiene que mostrarnos la división entre Su perspectiva y la nuestra. Lo que veremos, si estamos dispuestos a encararlo, es que nosotros antes no teníamos meras ideas oscuras, éramos la oscuridad que gobernaba y reinaba en nuestra alma.

La perspectiva de Dios es la luz, las tinieblas son mi perspectiva. ¡Es un hecho! La división entre la luz de Dios y mis tinieblas es más obvia para Dios que la diferencia entre la noche y el día para los sentidos naturales. No obstante, si no inclinamos nuestro oscuro corazón ante Él y reconocemos las tinieblas, siempre rechazaremos ver la luz. Si no vemos la luz, entonces nunca caminaremos en la luz, permaneceremos en la luz o llevaremos los frutos de la luz.

Estoy pasando tiempo en esto una vez más en esta lección, porque como he dicho, todas las cosas de la verdad y del crecimiento dependen de que comprendamos esta división. La perspectiva de Dios es luz, mi perspectiva de todas las cosas, incluyendo a Dios, es oscuridad. ¡Aquí viene lo bueno! Como si no fuera suficiente aceptar lo que acabo de decir, Jesús lo lleva un paso más adelante. Él dijo en un lugar que la luz que está en nosotros es oscuridad, pero en otro dice, que en su mayor parte, los hombres aman esto. Los hombres aman las tinieblas porque sus obras son malas.

¿Qué significa eso? ¿Qué significa que nosotros amamos las tinieblas porque nuestras obras son malas? Significa que como nosotros somos malos, hay algo que amamos acerca de las tinieblas. Amamos el hecho de que el mal puede esconderse en las tinieblas y no es expuesto. Jesús no está hablando, primordialmente, del asesinato, robo y fornicación, está

hablando de todas las cosas que el hombre hace, piensa y quiere...de todas las cosas a las que él les da lugar para esconderlas en las tinieblas.

No es ni siquiera que estemos tratando de esconder esas cosas de las otras personas o de Dios. Desde luego que es cierto. Pero la principal persona a la que estamos tratando de esconder nuestra maldad en las tinieblas somos nosotros mismos. Necesitamos darnos cuenta de esto. Estamos escondiéndonos de nosotros mismos. Estamos guardándonos de ver lo que somos. La oscuridad es donde nos gusta engañarnos a nosotros mismos. La oscuridad es donde sentimos que somos buenas personas. La oscuridad es donde sentimos que tenemos algo que es útil para Dios. La oscuridad es donde imaginamos nuestra propia relevancia, creamos nuestras propias teologías y pensamos que somos justos, amados, espirituales, listos... Lo asombroso es que en las tinieblas, en verdad lo creemos. Nos engañamos a nosotros en las tinieblas...esa es la razón por lo que las amamos tanto.

Las tinieblas no son sólo donde nos escondemos de otras personas o de Dios. Las tinieblas es donde nos escondemos de encarar la verdad acerca de nosotros. Es donde podemos pensar lo que queramos acerca de nuestras vidas, propósitos, nosotros mismos...y no hay luz que nos diga la diferencia. No hay forma de probar algo en las tinieblas, es una imaginación contra otra. No hay forma de condenar a nadie en las tinieblas...porque no hay testigos. No hay forma de conocer algo con certeza, porque hay muchas ideas que suenan correctas. En las tinieblas usted puede ser convencido de cualquier cosa.

Nos gusta estar convencidos principalmente de...lo más importante para nosotros...es lo que actualmente estemos creyendo acerca de nosotros. El yo siempre está en el pensamiento de la mente natural. No hay nada más importante para Adán, que la actual perspectiva de nosotros. De ahí es de donde proviene nuestra obsesión tanto del orgullo como de la inseguridad. Esa es la razón por la que constantemente estamos conscientes tanto de nuestra aceptación como del rechazo. El yo siempre es el primer tema para el hombre natural. El mundo entero puede ser un caos, pero en tanto nos sintamos bien con nosotros mismos...todo está bien. Por eso nosotros necesitamos y amamos las tinieblas, en ellas podemos engañarnos a nosotros mismos.

A nosotros, generalmente, no nos importa si un sermón es cierto, en tanto nos haga sentir de cierta manera. Nos gusta sentir que somos algo ante los ojos de Dios. Nos gusta sentir que podemos complacerlo en las cosas que somos buenos. Nos gusta sentir que nos ama como la abuela Betty solía amarnos, incluso cuando éramos malos. “No encienda la luz, eso puede arruinar mis pensamientos acerca de Dios. Sólo pínteme un cuadro mental lindo en las tinieblas y envíemelo a casa para pensar en ello”. Esto puede sonar duro, pero no estoy tratando de serlo...Sólo estoy tratando de exponer algo. Estoy tratando de exponer el hecho de que, independientemente de lo que imaginamos, Dios ha separado la luz y las tinieblas. Realmente, no podemos escondernos en las tinieblas, porque Él puede vernos claramente. Nada es oscuro para Él, sólo para nosotros. Y nos gusta de esa manera.

En el momento que le permitimos a Dios hacer brillar Su luz en nuestra alma, empezamos a vernos a nosotros mismos, o cualquier cosa, en la luz. Algunas personas creen que soy demasiado duro con la mente natural, o con el hombre natural. Que siempre estoy hablando de versículos que dicen cosas como, “en la carne no mora el bien”, “todo intento de las intenciones de sus corazones, era únicamente de continuo el mal”. Esa realidad, la realidad de nuestra inherente oscuridad, aparece en todos y cada uno de mis mensajes. ¿Por qué? Yo no solía ser así, pero todo cambió el día que la luz empezó a mostrarme lo que yo era, cuando luz empezó a redefinir el problema.

Sólo hacía falta un rayo de luz para darme cuenta de que yo había estado escondido toda mi vida. Había estado escondido en las tinieblas, donde nada de mis imaginaciones podía ser retado. Había estado escondido en la más absoluta oscuridad de mis pensamientos acerca de Dios, las Escrituras, propósito, vida, y me gustaba de esa manera. Pero en un rayo de realidad vi que yo era la oscuridad donde me escondía. El yo, el hombre natural, el género adámico...yo...yo era la oscuridad donde me escondía de la luz. Y amaba que fuera así porque mis obras eran malas.

Yo no me escondía en las tinieblas, primeramente, porque no quería que otras personas descifrarán cuán malo era. Ese no era el asunto principal. Estoy seguro de que era parte, pero no era el asunto principal. Yo me escondía en las tinieblas, primeramente, porque YO no quería saber lo que era; no quería verme a mí mismo. No quería tener la perspectiva de Dios de mi vida, mi entendimiento, mi religión, mis actos, mi corazón; yo prefería la mía.

Esto puede sonar un poquito extraño, pero no es menos cierto. Para ver en la luz de Dios se tiene que experimentar la cruz. Usted no puede separar estas dos cosas una de la otra; ellas son lo mismo. Para ver en la luz de Dios usted tiene que experimentar la cruz. ¿Por qué? Porque cuando usted le permite a la luz de la perspectiva de Dios brillar en su corazón, dos cosas inevitables empiezan a ocurrir. Usted no las puede detener. Ellas trabajan de la misma manera en cada corazón individual. Por un lado, lo que existe en la luz empieza a ser establecido. Por otro lado, lo que no es parte de la luz es expuesto y empieza a salir. ¡Es automático! La luz brilla, y empezamos a asirnos de lo que Dios ha hecho y a olvidarnos de lo que una vez escondimos en las tinieblas. Esto es la cruz, mi amigo.

La cruz es la división de Dios entre la luz y las tinieblas. La cruz es donde Dios juzgó al mundo y cortó entre todas las cosas. En un lado de la cruz está el primer hombre, la primera creación y el primer pacto; están las tinieblas del mundo entero. Todo es parte de la noche. En el otro lado está el nuevo hombre, la nueva creación y el nuevo pacto. Todo es parte del día, el eterno día del Señor. Ese día amaneció en Su resurrección, y Pedro dice que ahora está amaneciendo en nuestros corazones. La división que Dios estableció en el ámbito natural en Génesis 1 es cumplida y perpetuamente establecida en la cruz de Jesucristo. La cruz es el límite del día, es la separación entre la luz y las tinieblas.

Cuando un alma humana empieza a ver en la luz...cuando el que dijo en las tinieblas “hágase la luz”...cuando éste empieza a brillar en el corazón para dar la luz del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo, entonces la separación empieza a dividir todas las cosas en dicha alma. La cruz empieza a juzgar en nosotros entre lo vivo y lo muerto. La cruz llama a un hombre vivo y al otro muerto. ¡Y no hay discusión! La cruz establece una semilla y sepulta otra. La cruz divide entre dos creaciones y la luz nos mostrará que ya estamos en la nueva. Es más, si alguno está en Cristo todas las cosas viejas han pasado y las nuevas han llegado. Este no es un versículo bonito para un calendario cristiano, esto se convierte en la realidad que define nuestra alma.

Para ver en Su luz se tiene que experimentar Su división. Para ver en Su luz se tiene que experimentar la cruz. La luz brilla y se muestra lo que es parte de las tinieblas. La luz brilla y lo que permanece en la luz es parte de la luz. Cristo, todo en todos. Eso es lo que dice el versículo 13. Estoy adelantándome un poco, pero miremos lo que dice Efesios 5:13, *“Mas todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifiestas; porque la luz es lo que manifiesta todo”*. Como ve, sólo hay dos cosas. Las cosas que son de la luz y pueden ser vistas en la luz, y las cosas que existen donde la luz no.

Usted puede ver a qué me refiero cuando digo que ver en la luz de Dios es lo mismo que experimentar la cruz. Alguien pregunta: “¿Cómo puedo morir a mí mismo?” Bueno, en definitiva, no por medio de ninguno de sus oscuros esfuerzos. En definitiva, no al tratar de detener lo que es usted. Para morir a sí mismo, usted tiene que ver mediante la luz de Dios. Para experimentar la muerte de la cruz, usted tiene que dejar que la luz revele todo lo que la cruz ha hecho, y todo lo que la cruz ha quitado. Cuando usted se para en esta luz, automáticamente empezará a morir a lo que ya está muerto, y sin ningún esfuerzo, empezará a perder lo que Dios ya ha anulado.

Es por eso que yo siempre digo cosas como: “La verdad tal como está en Cristo empieza a convertirse en la verdad como está en nuestra alma”. Y la necesaria contraparte a esto, el otro lado de la misma moneda es, que las tinieblas, las cuales somos nosotros, caen de nuestra alma cuando son abarrotadas y desvanecidas por la luz. Usted muere a sí mismo cuando ve al que es su vida. Usted muere a sí mismo cuando le permite a la luz apartar las imaginaciones y tinieblas donde usted ha estado escondido. Y entonces, y sólo entonces, usted puede empezar a caminar en la luz. Morar en la luz. Caminar en la verdad. Permanecer en la luz.

Hacia eso va Pablo en Efesios 5. Puesto que ahora somos hijos de la luz, caminemos también en la luz. El fruto de caminar en la luz será la expresión de la luz, no es “las obras” de la luz. Ella no me dará a conocer cómo hacer obras espirituales. Es mucho más simple que eso. El fruto es lo que crece de una semilla. El fruto es algo que aparece en un árbol cuando hay mucha luz solar. Si nosotros caminamos en la luz de la perspectiva de

Dios, la luz de Cristo revelada, entonces la vida lleva fruto en nosotros. Y el fruto, claro está, es el incremento de la semilla.

Entonces Pablo continúa diciendo: “...*(porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad), comprobando lo que es agradable al Señor*”. Si un alma permanece en la luz, el fruto que crece es toda bondad, justicia y verdad. Note que él no está hablando de religión aquí. Pablo no está hablando de cosas que nosotros debemos tratar de hacer para Dios. Todo lo contrario, está hablando de los efectos que Dios tiene en un alma que ve en Su luz. Cuando nosotros permanecemos en la luz somos cambiados por la luz, y nuestras vidas se tornan ilustraciones o expresiones de lo que es agradable para el Señor.

Es como si nos topáramos con un árbol en medio de un campo y no tuviéramos ni idea de qué tipo de árbol es. Entonces, lo regamos y lo dejamos en la luz del sol por un tiempo determinado, y muy pronto el fruto empieza a mostrarnos qué tipo de árbol es. El fruto empieza a demostrar con qué tipo de semilla estamos tratando. El fruto comprueba la naturaleza del árbol.

Luego, Pablo contrasta el fruto de la luz con las obras infructuosas de las tinieblas. No creo que la intención de él sea apuntar a acciones específicas, sino hacer un contraste entre la fuente que es la oscuridad. Es decir, no creo que Pablo tenga obras malas específicas en mente. Alguien podría estar tentado a preguntar: “Pablo, ¿cuáles son las obras infructuosas de las tinieblas de las que está hablando aquí?” “¿Cuáles son las obras vergonzosas de las que no deberíamos ni siquiera hablar?” De nuevo, no creo que él esté tratando de resaltar ninguna acción o palabra en particular, sino señalar a la misma oscuridad que es la mente no renovada del hombre adámico. Creo que su punto es, que nosotros estamos despojándonos de un tipo de fruto y vistiéndonos de otros, debido a que nos estamos despojando de un hombre y vistiendo de otro.

Que la luz brille en nuestros corazones tiene ese efecto siempre, si es verdaderamente la luz de Dios y no sólo la perspectiva del hombre de buenas palabras, deberes cristianos o causas dignas. Si es genuinamente la luz de la vida de Cristo, entonces logra dos cosas siempre: El establecimiento de Cristo como la vida y origen de todas las cosas nuevas, y las tinieblas donde amamos escondernos son expuestas y destruidas. Por esta razón Pablo dice: “*Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo*”.